



Princesas, príncipes y otras incorrecciones: algunas ideas sobre los cuentos de hadas

Por Ariadna Castellarnau¹



Existe toda una corriente muy crítica respecto a los cuentos de hadas y los roles sexistas que estos presuntamente imponen. Princesas pasivas, princesas rosas de boca de fresa, princesas que esperan en torreones...Y luego príncipes que van a caballo, en velero, que llegan de allende los mares, impecables y valientes en sus trajes y armaduras a medida. Mi hija tiene un libro de cuentos clásicos y de todos, su favorito es *La princesa y el guisante*, de

1

Andersen, la historia de aquel príncipe neurótico que busca sin encontrarla a una princesa de verdad y de aquella princesa quejosa capaz de notar la presencia de un guisante bajo treinta colchones y treinta frazadas. Al principio me pedía que se lo leyera en voz alta y yo lo hacía con culpa y a veces le cambiaba el final o añadía un comentario cínico al cerrar el libro: “¿has visto que historia tan tonta?”. Pero a mi hija no le parecía tonta, es más: le fascinaba el dibujo de la cama con los treinta colchones y las treinta frazadas y la escalera que, en precario equilibrio, conducía a la princesa hasta la cima. *La princesa y el guisante* fue también mi cuento favorito de niña y por las mismas razones. Creo que lo mejor de la

¹ Premio Las Américas de Narrativa Latinoamericana, Ariadna Castellarnau, Licenciada en Filología Hispánica, nació en pequeño pueblo rural de Cataluña, se radicó en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires del 2008 al 2017, durante unos años colaboró en *Página 12* en *Radar Libros*; su primera obra *Quema* (novela), publicada por Gog & Magog, recibió el reconocimiento, según el diario *El País*, “*Cultura*” (España), por una “literatura de la pura imaginación que nos obliga a revisar nuestros supuestos complacientes sobre la familia, el amor o la solidaridad. *Quema* se destaca por su mirada inquietante sobre nuestro presente”. Actualmente, vive en España, dicta talleres de escritura creativa y escribe su segunda novela.



historia es aquel momento en el que los sirvientes de palacio se ponen como locos a apilar colchones: ¿a qué niño no le gustaría dormir o mejor saltar en una cama así?

Para contrarrestar el influjo pernicioso que Andersen y su quisquillosa princesa pudieran estar ejerciendo sobre mi hija, hace un tiempo me puse a comprarle libros que subvirtieran la división tradicional de roles según género que presuntamente establecen los cuentos de hadas. Me encontré con verdaderas joyas, como la colección “Libros de grandes mujeres”, de la editorial Alba, que adapta para pequeños las vidas de artistas, escritoras o científicas. Yo le compré el de Ella Fitzgerald y el de Ada Lovelace. A este último, debo confesarlo, le saqué mucho jugo para mi provecho, pues no tenía ni idea de que Lord Byron hubiera tenido una hija matemática, aunque sí había leído cosas sobre su madre, Anna Isabella Noel Byron, una intelectual, matemática y astrónoma que vivió y pasó a la historia totalmente opacada por el aura del poeta seductor. Por casa anda también un libro sobre una princesa que no quiere vestirse de rosa ni ser princesa y otro sobre una princesa que se tira pedos, ambos de la misma época en que empecé a desconfiar de la Bella Durmiente. Son buenos libros, divertidos, inteligentes y he pasado muy buenos ratos leyéndoselos a mi hija, pero ninguno de ellos ha sido capaz de aniquilar la fascinación que La princesa y el guisante sigue ejerciendo sobre ella. ¿Qué será lo que he hecho mal?

2

Vladimir Propp, un antropólogo y lingüista del estructuralismo ruso, tenaz e implacable como todos los estructuralistas rusos, escribió en 1928 una obra titulada Morfología del cuento en la que llegaba a la conclusión de que todos los cuentos populares tenían una estructura muy similar y los personajes, por diferentes que fueran, solían desarrollar acciones muy parecidas en todas las historias. Estas acciones, según las pudo contar, eran 31, ni más ni menos. Cuando leí por primera vez a Propp, en la facultad de Teoría Literaria, me sentí como si me invitaran a ver un espectáculo de magia entre bambalinas, lugar desde el que podía descubrir todos los trucos del mago: “entonces así es como funciona la cosa, ¿no? Pues no es para tanto”. De manera severa y despiadada, como todos los estudiantes de teoría literaria, me dediqué a levantarle las faldas a la literatura sintiéndome muy orgullosa, muy dueña de mi misma por ser capaz de entender los mecanismos de aquel sistema. Porque la literatura era nada más eso: sistema. Más tarde,



cuando empecé escribir ficción, tuve que vestirla otra vez con todas sus faldas y devolverme a mí misma el poder de creer en las historias para poder yo también escribirlas.

Las teorías de Propp enseñan, entre otras cosas, que los cuentos populares siguen una caracterización de personajes bastante rígida según la cual los protagonistas masculinos son los actores de su propia historia, mientras que las protagonistas femeninas son las víctimas de su propia historia. Así, frente a la frenética actividad de Pulgarcito o el sastrecillo valiente, ellas se limitan a recibir ayuda de un ente mágico o a echarse a dormir cien años. Y cuando no ocurre lo uno ni lo otro, deben sacrificarse: véase sino Cenicienta, cuyo camino al éxito está plagado de sufrimientos y sacrificios.

¿Pero a qué viene toda esta parrafada sobre Propp? Pues viene a la pregunta que me hacía antes, sobre si hago bien o mal las cosas, que a fin de cuentas es lo que nos preguntamos incesantemente todos aquellos que somos madres y padres. Un día (no hace tanto) descubrí que las veces que me daba por cambiar el final de los cuentos clásicos que consideraba sexistas o racistas, estaba haciendo dos cosas (mal): la primera era dejar aflorar la antigua exégeta que hay en mí, aquella que leía siempre con suspicacia, a la caza y captura de estructuras, y la segunda, derivada de la primera, era subestimar a mi hija y censurarle los contenidos. Estaba siendo, en definitiva, como aquellos censores de la Edad Media que eran, por cierto, hombres ilustrados, excelentes exégetas, capaces de prever el alcance pernicioso de un párrafo, de una frase y cortarla de cuajo.

No voy a hacer aquí una defensa de los cuentos de hadas, otros lo han hecho y lo harán mejor que yo. Tolkien tiene un hermoso ensayo titulado, muy oportunamente, “Sobre los cuentos de hadas” y C.S. Lewis, en la dedicatoria a su ahijada Lucia Barfield del primer libro de Las crónicas de Narnia, escribe algo sobre estas historias maravillosas que no puedo leer sin emocionarme:

Querida Lucía,

Escribí esta historia para ti, sin darme cuenta que las niñas crecen más rápido que



los libros. El resultado es que ya estás demasiado grande para cuentos de hadas, y cuando éste se imprima serás mayor aún. Sin embargo, algún día llegarás a la edad en que nuevamente gozarás de los cuentos de hadas. Entonces podrás sacarlo de la repisa más alta, desempolvarlo y darme tu opinión sobre él.

Probablemente, yo estaré demasiado sordo para escucharte y demasiado viejo para comprender lo que dices. Pero aún seré tu Padrino que te quiere mucho.

C. S. LEWIS

Un cuento como La Bella Durmiente no creará mujeres sumisas y hombres dominantes, a menos que eduquemos a nuestras hijas para que sean sumisas y a nuestros hombres para que sean dominantes. En todo caso la niña o el niño en cuestión puede que pregunten un poco extrañados: ¿Y por qué en vez de mandar a Aurora al campo con unas hadas torpes no le explicaban desde el principio que era mejor que no se acercara a un huso?”. A lo que responderemos: “Bueno, estos reyes no eran muy lúcidos” o bien “Es que en esos tiempos las cosas se hacían así”. Y de paso dejamos la puerta abierta a la imaginación, a la variación, porque la imaginación y la variación dependen del deseo de que existan alternativas. Así ocurre con los cuentos de Ángela Carter, que se dedicó a reescribir clásicos como Barba azul en clave feminista, o con aquel hermoso poema de la inglesa Sylvia Townsend Warner donde la Bella Durmiente se lamenta de que un beso la haya arrancado del sueño para arrojarla de nuevo a la vida cotidiana y dice:

La bella durmiente despertó.

El asador empezó a dar vueltas,

el leñador podaba los arbustos,

el jardinero cortaba el césped.

¡Ay de mí! ¡Y debe un beso

despertar de la casa silenciosa,



el canto de los pájaros

en las soledades?

¿Qué pasa si por el contrario le adapto el cuento a mi hija? ¿Si le doy una versión políticamente correcta donde Aurora se comporte como se supone que debería comportarse una chica lista e independiente? Pasa que le doy un ejemplo, un mensaje, del mismo modo que las madres de hace dos siglos usaron acaso el mismo cuento para mostrarle a sus hijas que las doncellas se veían mucho más lindas cuando callaban y estaban como ausentes. Claro está que mi intención es darle el mensaje opuesto (que las chicas tienen que valerse por sí mismas) y esto me justifica. Ahora bien, si dejo el cuento como está, con la pánfila Aurora, quizás ella vaya y como Sylvia Townsend, se levante de la cama para escribir su propia, mejor versión.

5

De todos modos, pienso que lo que sucede con los cuentos de hadas escapa a nuestra voluntad. Ursula le Guin decía que estas historias eran tan inexpugnables e impenetrables como el seto de zarzas del reino de la Bella Durmiente: podemos desvirtuarlos, reescribirlos para ajustar su moral, utilizarlos para mandar un mensaje más acorde con los tiempos. Al final, el cuento seguirá estando ahí, inmutable, porque el cuento de hadas es, en sí mismo, un encantamiento.

Creo que el cuento de hadas se ajusta a la hermosa definición que Mircea Eliade da de la palabra mito: «El mito cuenta una historia sagrada; relata un acontecimiento que ha tenido lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de los comienzos». El cuento de hadas se halla en un tiempo primordial, fabuloso, y más allá de que Blacanieves sea un poco floja o la princesa del guisante una insoportable a nuestros ojos, nos sumergen en ese estado mítico, que algunos quizás tildarán de fantasioso y otros escapista...

Pero aquí reside el poder de la ficción: en que nos conduce a un mundo diferente. El mundo real nunca debería satisfacernos del todo, siempre deberíamos estar en él un poco a disgusto. El descontento es positivo, porque lleva a imaginar alternativas, a disentir y a crearnos un pensamiento propio. Cuando leemos un cuento de hadas a nuestros hijos,



ellos no ven una princesa sumisa, ni una mujer adulta hermosa a la que la moral represora tilda de bruja, ni un príncipe bravucón que encarna los principios del patriarcado. Nuestros niños ven la zarza mágica, el colchón de treinta pisos, las habichuelas que crecen hasta el cielo, los zapatitos mágicos. No deberíamos querer ajustar ni censurar estas historias encantadas. Como dijo Tolkien, las únicas personas que critican la escapada son los centinelas.